

Día de Reyes

El día que nació Nagore las calles estaban vestidas de fiesta. Luces de colores atravesando la calzada, música que escapaba a través de las ventanas, risas infantiles, cajas y papeles floreados reventaban los contenedores, gritos de alegría y miradas ilusionadas y satisfechas.

A pesar de que el invierno nortefío estaba en todo su esplendor, la mañana había aparecido completamente despejada, el sol se levantaba por encima de los tejados y sus rayos incidían directamente sobre la ventana de la habitación del hospital. Aún el sol estaba frío, pero en mi corazón se había instalado el calor de la esperanza.

Apenas eran las nueve de la mañana y yo ya estaba deambulando por las calles, el cuello del abrigo levantado para defenderme del aire del norte que, a pesar del sol, frío como la hoja de una navaja, se filtraba por encima de la cresta de las colinas de San Cristóbal.

Me emocionaba ver a los niños que corrían por las aceras con sus bicicletas recién estrenadas, la cara transfigurada de las niñas que llevaban a sus muñecas arropadas en los cochecitos de ruedas como si fueran madrecitas en miniatura, los gritos que revoloteaban por encima de los tejados como si fueran palomas, la ilusión reflejada en los ojos infantiles mientras rasgaban, con gestos nerviosos, los papeles multicolores que envolvían las cajas tras las que se escondían los regalos que unos más ilusionados padres habían pedido que los Magos depositaran a los pies del Niño Jesús o bajo las luces destellantes del pino artificial en el rincón, cerca del ventanal, del salón de la casa.

Pero nadie era más feliz que yo. Porque Nagore quiso ser el mejor de los regalos, ya que llegó envuelto en sonrisas de colores y en una caja hecha de amor, con dibujos de caricias y de besos.

Porque Nagore se vino para alegrar nuestras vidas con el día de los Santos Reyes Magos.

Rodrigo no nos había dicho que la amatxu ya estaba ingresada desde la tarde anterior mientras Sus Majestades hacían su paseo por las calles inundando de gozo y de esperanza los corazones infantiles, porque no quería que estuviéramos preocupados por el trance por el que los tres - la amatxu, el aita y tú - estabais pasando.

Porque llegar a esta vida es un momento tan trascendental que solamente con angustia, con dolor, esperanza e ilusión es preciso sobrellevarlo.

Estaba mirando con ojos de envidia a una niña que, sonriendo de la mano de su padre, decía mientras caminaba a pequeños saltitos:

- Pues yo estoy segura que, en casa de los abuelos, los Reyes me habrán dejado todas las cosas que les he pedido. Que, como he sido buena y he estudiado y me he portado muy bien con ellos, porque los quiero mucho, me habrán traído todo lo que les he pedido.

En ese momento en que yo pensaba que naturalmente que sus abuelos habrían sabido convencer a los Reyes Magos de que su nieta se había hecho merecedora de todas sus ilusiones - ¿cómo unos abuelos no podrían llegar a convencer a otros, por muy Reyes que fueran, que sus nietos no eran los mejores niños, los que más querían, los que jamás se comportaban mal? - sonó en mi bolsillo el timbre del teléfono.

La luminosa pantalla decía: Rodrigo. Y me dio un salto el corazón. Apenas si acertaba a pulsar el botoncillo verde de establecimiento de llamada. Y con voz nerviosa contesté:

-¿Sí...?

Y otra voz más nerviosa todavía, nerviosa y feliz y cansada de la noche en blanco me contestaba:

- ¡Que ya eres abuelo!

No recuerdo si llegué a contestar. Lo único que recuerdo fue una cierta confusión mental, un no reconocer el lugar en el que me encontraba, un no poder tomar una decisión sobre hacia dónde debía dirigirme, un no saber qué hacer en ese momento y un agudo sentimiento de felicidad que me llenaba hasta estallar en una lágrima y en una sonrisa de plenitud humana.

Fui buscando, como si estuviera flotando en una nube, un lugar donde sentarme, donde pudiera serenarme para ordenar mis sentimientos. Un grito se me había instalado en la garganta. Un grito ilusionado con el que quería transmitir al mundo toda la felicidad que me embargaba.

Y entonces me acordé de ti. ¡Tú también eras abuela y aún no lo sabías! Así que marqué el número de casa y esperé impaciente a que tomaras el teléfono. Recuerdo que un silencio extraño siguió a mis palabras. Solamente se oía tu respiración agitada y un sollozo callado.

- Pero, ¿están bien? ¡Ni siquiera has preguntado que qué tal están!

Tu voz tenía el temblor de la emoción y entonces me di cuenta de qué es lo que debiera hacer. Naturalmente que lo primero era acercarme hasta el hospital para conocer a mi nieta y para saber cómo se encontraba Beatriz después del trance del parto y llenarlas de besos a las dos.

Ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta el hospital, ni sentía el aire frío en el rostro. Solamente mi pensamiento estaba lleno de ella. Imaginaba cómo sería,

imaginaba cómo sentiría su peso en mis brazos, imaginaba su olor y su rostro y hasta imaginaba su llanto.

La habitación estaba en semipenumbra y en el ambiente flotaba una sonrisa, una sensación de felicidad que se extendía desde la cama junto a la ventana por la que se filtraban unos rayos del sol frío de enero hasta los amplios pasillos por que se afanaban médicos, floristas, padres nuevos, abuelos emocionados y enfermeras.

Sé que me quedé parado en el umbral de la puerta de la habitación. Quieto y como ausente. Solamente podía mirar aquel bulto que rebullía entre las blancas sábanas acurrucado entre los brazos de su madre. Sé que me acerqué hasta la cama como si estuviera flotando y pude ver su cara por primera vez. Los ojos cerrados, la piel algo arrugada y sonrosada por el esfuerzo de nacer, pero hermosa. La personita más hermosa que yo hubiera podido imaginar jamás.

No sé el tiempo que pasé allí, de pie, mirándola y sin saber qué hacer con las manos. Queriendo tomarla en los brazos y temiendo que pudiera quebrar su sueño, o que pudiera hacerle daño por más cuidado que pusiera.

No sé si llegué a decir alguna cosa, si le pregunté a Beatriz por ella, por cómo se encontraba y si lo había pasado muy mal durante el parto. Sólo sé que estuve cerca de ella, que me asomaba por encima de las sábanas para beber su aroma, para gustar su rostro envuelto en blanco, para fijar en mi memoria cada uno de sus rasgos, para quedarme en suspenso con la ilusión de besarla y de sentirla junto a mí.

Recuerdo cómo volví corriendo a casa para buscarte, para que tú también pudieras disfrutar de nuestra nieta. Recuerdo cómo te metía prisa mientras terminabas de acicalarte. Recuerdo que te obligaba a caminar tan aprisa que tuviste que mandarme que fuera más despacio y te recuerdo inclinada sobre la cuna con una sonrisa que emanaba felicidad y asombro. Ninguno de los dos podía llegar a comprender cómo era

posible que aquella personita, con apenas unas horas de vida, nos hiciera a todos olvidar por completo de todo cuanto nos rodeaba, que fuera capaz de darnos, solamente con su presencia, tanta felicidad como sentíamos. Recuerdo su cara, los movimientos de su rostro, la ansiedad de su boca buscando el pecho de su madre y, sin embargo, no puedo recordar ninguna otra cosa. No puedo recordar el transcurso del tiempo. No puedo recordar a tantas personas como pasaron por la habitación. Y apenas si puedo recordarte a ti, con aquella sonrisa de satisfacción que realzaba tu cara. No puedo recordar la llegada de la enfermera y no puedo recordar sus palabras. Pero sí puedo recordar que nos la arrebatara y que, como si fuera un ave de rapiña, volaba con ella para ir a depositarla en una cuna en la que solamente podíamos verla a través de un cristal. Y también puedo recordar sus primeras lágrimas y a Beatriz que la tomaba en sus manos y la acercaba a su pecho para que se fuera acostumbrando a la vida fuera de ella. Y a Rodrigo que acariciaba con mimo el rostro de las dos.

El día en que nació Nagore la luz tenía un brillo diferente. El aire sabía a dulce de mazapán y en mi zapatilla los Reyes Magos habían depositado un regalo hecho de sueños, envuelto en felicidad y adornado con cintas de colores dibujadas en besos.

El día en que nació Nagore la vida había tomado un ritmo de cristal.

Jose Luis Abad Peña